



Turbocrónicas

MARCO AURELIO CARBALLO

Yo también lo quiero pero...

Yo también quiero a Julio Scherer, sin embargo... Me refiero a esa parte en que Rafael Cardona (Confabulario del once de agosto) le dice al fundador de Proceso que lo quiere aunque no lo vea. Yo temo verlo, aunque ya pasaron seis sexenios... Antes de reportear para Excélsior trabajé dos años en la primera edición de Últimas Noticias (UN). En mis primeras vacaciones, pedí una cita con el director Scherer. Lo siento, me dijo. No hay vacantes... Sólo iba a darle las gracias, le dije, por darme la oportunidad de estar en la catedral del periodismo. ¡Claro!, expresó él como recordándome. Váyase de vacaciones, señor Andrade, y a su regreso ¡a darle, señor Andrade! Perplejo, no lo saqué de su error. Andrade y yo habíamos entrado a UN al mismo tiempo. Acaso nos parecíamos en el color de la piel. Pero no, su color era el del humo. Andrade era veracruzano y usaba gafas graduadas. El director se había confundido porque yo iba de guayabera, pensé al reaccionar... Esa tarde viajaría a la costa de la selva, al Soconusco, a mi primera patria. Desde entonces, salude a quien salude, de inmediato digo mi apellido.

Antes de reportear para Excélsior, volvimos a encontrarnos en un brindis de la Extra. El director fue saludando uno a uno y en mi turno, ¡me saltó! Del estado de estupefacción pasé al aturdimiento, pero una secuencia de jaiboles bien oscuros me devolvió el aplomo. Voy a preguntarle a Andrade si anda en malos términos con el director, pensé. Podía haber incumplido una orden o haberla ejecutado mal. El director lo ignoró a él, no a mí... Después ya no hubo confusiones. Pudo habersele fijado en la memoria visual que Andrade y yo nos parecíamos, pero no tanto como para olvidar nuestros respectivos rasgos

esenciales. Andrade no tenía ninguna queja del director, dijo. Siempre lo llamaba Andrade y no Loubet o Mejido, dos campesinos de tez blanca. Es que eres inconfundible, le dije sin ánimo de sugerir nada. Pero se distinguía por su forma de caminar como escarabajo y su forma de hablar y hasta de escribir, tarareando sus notas informativas.

En "La (otra) terca memoria", su remembranza en Confabulario, Cardona narra la escena de cuando alerta a nuestro director, en representación de varios reporteros, sobre la inminente traición. Scherer manda llamar al traidor en potencia y frente a Cardona le dice: ¿Verdad que no me vas a traicionar, hermanito? El hermanito lo niega de hecho al decir que no tiene tiempo para "perderlo con esas cosas".

Apareció Proceso y Cardona y Hugo Leonel del Río dijeron que me necesitaban porque la cosa estaba ardiendo. Podía haber represalias. Hugo colocó su revólver en un travesaño de mi biblioteca. ¿Es la pistola que el candidato López Portillo le regaló a don Julio para que se defendiera?, le pregunté. Nada, dijo Hugo, la mía es mejor. A Elenita Guerra le pedí que dijera mi apellido con mayúsculas al anunciarme. Ella estaba al tanto. Yo le había contado... El director salió de su oficina y ahora le dimos una vuelta a la manzana a paso redoblado. Si podía reportear para la revista, pero ésta era incompatible con el "uno". Reporté para cinco números y renuncié al editarse el diario. A veces me arrepiento porque un semanario es lo propicio para un narrador, creo. Pero si no hubiera estado tres años en el "uno" jamás habría escrito mi séptimo mamotreto, Morir de periodismo, de trescientas cincuenta páginas.

La terca memoria (Grijalbo) me pescó del cogote y llegó al final con una serie de emociones encontradas. Comprendí muchas cosas del pasado, pero otras quedaron igual, inexplicables. Yo, como Cardona, quiero a Scherer. ¿Podría ser desagradecido alguien que viene de abajo y del sur con quien le

dio la oportunidad histórica de oficiar en la catedral del periodismo? Pero ¿y si lo felicito y le deseo muchos años de vida y le causo un sobresalto porque él crea que soy Andrade? Don Julio sabe que Andrade murió hace unos diez años.

La brava periodista sentimental
Cuando llegamos a la cerrada, Eugenio Aguirre, un hombre positivo, dijo que íbamos a asistir a una demostración del resurgimiento en la vida profesional de la anfitriona. Él estuvo de acuerdo en que el PRI también estaba retoñando en troncos recortados o incendiados por el panismo y por el perredismo. Isabel Arvide es para mí periodista y escritora, no priísta. Simpatizante a lo mejor, y ella controvertida, sí, pero ¿y qué? ¿Cuántos periodistas santos he conocido? Ninguno. ¿Los habrá? Sí porque se autodenominan de ese modo, pero sus hechos demuestran lo contrario. Ya dentro alguien me dijo al oído en el abrazo fugaz del encuentro súbito: Puros cartuchos quemados.

La cita era para conmemorar los primeros treinta y un años de periodista de Isabel Arvide. Fuera de su casa en Tecamachalco había choferes y custodios de los invitados. Eugenio Aguirre y Petunia dejaron sus respectivos automóviles fuera de la cerrada porque ahí no cabían los vehículos. Nada más al entrar saludé a Bruno, el hijo de Isabel. Él nos presentó a su hija recién nacida Jorja (sic) Sofía y a su esposa Carolina. En el jardín, bajo la carpa estaba una docena de mesas como para diez personas en cada una de ellas. Saludé al padre de Isabel, al doctor Antonio Arvide, y a su esposa doña Sara Limón.

Empuñando el primer jaibol, recordé cuando Alejandro Íñigo (†) contó que Isabel había empezado su trabajo en Excélsior y ambos tuvieron pronto su primer encontronazo. Una tarde ella habló de algún lugar de la costa norte del Pacífico. ¿Qué haces ahí?, le preguntó Íñigo. No pediste tu orden de trabajo... Isabel le contestó que el presidente de la República la había invitado a la gira y ella pues había aceptado. "Tree days, no more", solía decir en señal de castigo un jefe de información anterior a Íñigo. Antes de que se cumpliera la pena Isabel estaba ya reportando para otro diario. Después ella fue jefa de prensa de un gobernador chiapaneco. Mujer sentimental y romántica pero brava, salió airosa de la jungla real y de la

selva intrincada constituida por unos sesenta periódicos, la mitad en la capital del estado. Otro gobernador provocaría el cierre de un diario tuxtleco al suspenderle la iguala mensual. Tuve que cerrar, me dijo el dueño a quien apodaban ¡el Guarurita! Con ese dinero yo pagaba la nómina.

Para ir al baño de la casa de Isabel había que atravesar la biblioteca atestada de libros, con pilas de volúmenes aquí y allá sin acomodar todavía. La página con marco de un diario chiapaneco colocado bastante a la vista hizo que olvidara el resto de cuadros y esculturas. "Isabel Arvide, ¡borracha!", rezaba el titular de la nota principal del diario tuxtleco Número uno, del 20 de mayo de 1988. Volví a la mesa con la risa contenida. El ex presidente del PRI, Jorge de la Vega Domínguez, charlaba con el columnista político Ángel T. Ferreira. Eugenio Aguirre (autor del best seller Gonzalo Guerrero) anotaba datos para su próximo libro a partir del pequeño detalle de que el presidente Porfirio Díaz había desviado el trazo de las vías del ferrocarril hasta la puerta de la casa de una novia. Don Porfis subía en Buenavista, DF, y a la mañana siguiente bajaba ante la puerta de su amada en Tehuantepec, Oaxaca. De la Vega Domínguez le habló de otro personaje más y alguien mencionó al Jefe Diego. Puro en boca, el jefe Diego lograría una carretera en Sinaloa para su novia.

Hubo un pequeño revuelo cuando se despidió de mano de muchos el senador Francisco Labastida Ochoa. Aprovechamos para salir también, pero "a la francesa". Eugenio llevaba ya otro libro en mente. Yo un par de Turbocrónicas y ardía en deseos de comenzar la lectura de El enemigo está en casa, la novela policiaca de Isabel Arvide. Uno de los requisitos para escribir es hacerlo de lo que uno conoce y, ese mundo, Isabel lo domina como la palma de su mano, para usar un lugar común exacto.

El género fundamental

Después de hacer centenares de entrevistas es posible que uno se detenga a reflexionar en que sin tal género periodístico no existiría la información. Ni hablar de los boletines... Hay quienes le piensan por otros caminos, el de la definición. La entrevista es duelo de inteligencias, ha dicho un clásico. Coincido con lo de la inteligencia pero no tanto con lo del duelo. El entrevistador de postura sencilla, sin alardes de inte-

ligencia, de información o de conocimientos tiene posibilidades de obtener los datos esenciales. Una información redonda si no completa. Es imposible tener más y mejor información que el entrevistado sobre una profesión u oficio ajeno al periodismo, al reporterismo. Quizá el entrevistador sea tan inteligente como el entrevistado. Se dan casos con ciertos políticos. Durante algún tiempo escuché a un colega decir que el mejor reportero era el ignorante porque preguntaba lo que se dice todo. Pero tampoco ignorantes torpes o soberbios. Recuerdo una clase formidable de reporterismo. La clase del Manotas Jaime Reyes Estrada (†). Le encargaron entrevistar a un premio Nóbel de Física. Con sencillez y con años de experiencia la primera pregunta que le formuló a aquel personaje, tras los preámbulos del caso, fue: ¿Qué es la física?

Acabo de leer el libro de Samuel Ponce Morales, Otras voces: jóvenes creativos (coeditado por el diario Cambio y por el Instituto Michoacano de la Juventud), y me he detenido a



Héctor Fernández

reflexionar en que el género es al parecer inagotable. ¿Por qué hacerle entrevistas sólo a personajes consolidados de la vida pública o del espectáculo, del deporte y de las artes? Uno de los propósitos en la actualización del periodismo debiera ser la diversificación de las fuentes. Ha sido un acierto entrevistar a veintisiete jóvenes talentosos (siete chicas), triunfantes acaso en la primera meta impuesta en la vida. El libro de Ponce Morales tiene una constante, un hilo conductor, o ¿son varios? No sólo se trata de jóvenes estudiosos de tal o cual carrera o arte, sino que han sido premiados en el despliegue sano de la aptitud en pleno florecimiento. Supongo que ellos agregarán esta entrevista en lo individual y este libro en lo colectivo al diploma o a la medalla, a la graduación y a los primeros lugares, como una suerte de primer triunfo, si pudiera decirse así.

Quién sabe qué será de cada uno de ellos dentro de uno o dos sexenios cuando alcancen la madurez y echen un vistazo por encima del hombro al hacer un corte en la marcha de la existencia. Algunos se quedarán en el camino. Es inevitable. Ojalá y no. Otros alcanzarán nuevas metas. Imposible vaticinar que Samuel Ponce Morales estará ahí para hacer otro libro. El de la consagración definitiva de cada una de estas promesas. Quizá esté... Quizá haga como sus entrevistados, pasar de la entrevista a la crónica y de ahí al reportaje. A lo mejor ya lo ha hecho. Acaso está preparando otros libros en cuyas páginas reúna sus crónicas y sus reportajes. Porque también en nuestro oficio hay metas. Porque después de teclear millares de notas uno quiere dar el salto a la entrevista y a la crónica y al reportaje. Muchos nos lanzamos antes de tiempo a ejercitarnos en el rey de los géneros periodísticos y tenemos que dar marcha atrás para adiestrarnos con la entrevista primero y con la crónica después.

Este libro de Ponce está lleno de aciertos no sólo por lo aquí expuesto sino también por las viñetas de los entrevistados. No sé qué decir de esta peculiaridad. En cierta forma estoy desconcertado. Jamás aprendí a tomar fotos. Siempre había un compañero, mucho mejor que yo desde luego, para tomarlas. Hacíamos pareja y viajábamos juntos lo mismo a cubrir un suceso bajo techo en hoteles de cinco estrellas que una catástrofe o una guerra. Debe ser signo de los tiempos. Pero Ponce y Feo están hechos uno para el otro. A la altura de la tarea que se echaron a cuestras. Bien por ellos, y salud 🍷